

Un médico de Napoleón I que ejerció de oculista en la Habana en 1835.

(Por el Dr. Juan Santos Fernández.)

A principios del siglo XIX empezó la prosperidad de Cuba después de los beneficios que siguieron a la libertad de comercio otorgada, hasta cierto grado, a la Isla, como consecuencia visible o apreciable del movimiento iniciado en las transacciones mercantiles durante el breve tiempo que retuvieron los ingleses el territorio, hasta firmarse el tratado de paz en 1763. El aromoso tabaco de Cuba, el único entonces en el mundo, su rico café y la feracidad del suelo para el cultivo de la caña, atraieron la curiosidad y el interés del mundo entero, cual otra Jauja, y nos visitaban con frecuencia hasta los aventureros de la intelectualidad, pues aunque parezca un contrasentido, los ha habido, los hay y los habrá.

En 1850 (1) llegó a la Isla de Cuba el Dr. Carron du Villards, italiano de nacimiento y de cuyas obras nos hemos ocupado en los "Annales d'Oculistique" (Tomo CI, pág. 11, Bruxelles, 1889) (2) y en la "Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana" (Tomo XV, pág. 229) (3). El Dr. Carron du Villards era una autoridad científica en Europa, discípulo del gran Scarpa, colaborador de los "Annales d'Oculistique," la publicación más caracterizada en oftalmología, la decana hoy, aparecida en 1838, y que aún existe, después de tantos años de fundada. Carron du Villards, sin embargo, en México, antes de venir aquí, fué mal recibido. En Cuba los médicos ilustrados de aquellos tiempos, que nosotros conocimos todavía, hace cuarenta años, entre ellos el venerable Dr. Fernando González del Valle, lo consideraban simplemente un charlatán. En México (en 1853) se puso aún más en evidencia, pues tuvo la desgracia de entablar una apasionada polémica sobre la catarata con el Profesor Dr. José María Vértiz, que había hecho sus estudios en Europa, hacía poco, y estaba al corriente del progreso de la oftalmología de aquella época, y era además un hombre de talento, muerto prematuramente y venerado en México por sus contemporáneos y por los que le han sucedido.

¿Y cómo explicar esa duplicidad de carácter, hasta cierto punto inconcebible? ¿Que un sujeto sea un sabio, no quiere decir siempre que ha de ser honorable y haya de mantenerse dentro de la corrección que su calidad de sabio le exige! Las leyes de la honorabilidad, a que de buen grado se somete el que alcanza determinada jerarquía profesional, se infringen con más frecuencia cuando se va a países atrasados, como la Isla de Cuba en aquel tiempo, desprovista de autoridades científicas. La oftalmología, que, como en todas partes, entonces se reducía al estudio de las oftalmías y de la catarata, estaba a cargo de los cirujanos generales más reputados; pero, desde luego, todo ello muy rudimentario.

El médico de Napoleón, Antommarehi, objeto de estas líneas, vino a la Habana, desde México, en 1837; así se consigna en el "Diccionario Biográfico Cu-

(1) "Diario de la Marina." Mayo 9 de 1850.

(2) Notice sur Carron du Villards par le Dr. Juan Santos Fernández.

(3) El Dr. Carron du Villards y sus obras oftalmológicas. Tomo XV, pág. 229.

bano," de Calcagno, y en los "Archivos de la Policlínica" (1). En el "Diccionario" se dice brevemente que nació en las provincias italianas de Austria y fué médico de Napoleón, a quien siguió a Santa Elena. Llegó a la Habana en 1837 para estudiar la fiebre amarilla, y a principios del siguiente fué a Puerto Príncipe y de allí a Santiago de Cuba, donde murió víctima de aquélla, el 4 de abril.

En los "Archivos de la Policlínica," en que nuestro malogrado amigo el Dr. Enrique López ha reunido el mayor número de datos sobre la oftalmología en Cuba, se le llama Francisco Antommarchi, con dos emes, y no Antomarchi como escribe Calcagno y se sigue escribiendo en Cuba, pues entre los presos por la insurrección racista del año pasado (1912) hay un Antomarchi que nos ha hecho pensar fuese descendiente de un esclavo de algún extranjero de aquellos tiempos establecido en Santiago de Cuba, y a su vez pariente del Dr. Antommarchi, y que esto explicase tal vez su visita o aventura a este país, entonces insano, y que pagó con su vida. Tiers (2) escribe el nombre con una eme; pero el Dr. Centy, en reciente trabajo de que nos ocuparemos más adelante, lo escribe con dos emes; no nos explicamos esta diferencia o discordancia.

En los "Archivos de la Policlínica" se le considera hijo de Córcega, y es un error. No así, quizás, el que fuese discípulo de Anatomía de Masgagni, en Florencia. También se incurre, como en el "Diccionario," en la equivocación de que fué con Napoleón a Santa Elena, siendo así que fué enviado por el Cardenal Fesch, con motivo de la agravación de los males del cautivo emperador. Se le atribuyen trabajos como la "Anatomía para Escultores y Pintores," y un "Atlas Anatómico," porque los han visto citados.

El Dr. Enrique López, en los "Archivos de la Policlínica," infiere que era un hombre instruído, y nosotros, a pesar de que la historia deja muy mal puesta su honorabilidad, no dudamos de sus conocimientos, pues como dejamos dicho antes, no todos los que nos visitaban en los primeros tiempos estaban desprovistos de ciencia y eran aves de paso. Napoleón, sin embargo, trató con gran desdén a Antommarchi, y desconfió de su saber, cuando le dijo: que quería morir de la *maladie. et non des remedes*, recomendándole visitase el Hospital de la guarnición de Santa Elena para estudiar las alteraciones orgánicas que el clima determinaba en los europeos; y otra vez, dijo: *ce médecin ne sait rien en croyant beaucoup savoir et m'envoyer un tel docteur, a moi que n'écouterais que Corvisat, c'est vraiment perdre sa peine.*

Hubo médicos extranjeros en Cuba, como el Dr. Delane, de Montpellier, que en 1838 se ofreció al público en varias ramas de la profesión, entre ellas las enfermedades de los ojos, y que se quedó en Cuba.

En los "Archivos de la Policlínica" se menciona, y nosotros leímos, no recordamos dónde, que tuvo una consulta de enfermedades de los ojos con el Dr. Floriano Fontray (otro extranjero), en el Arco de Belén, de la calle de Acosta. El Dr. Delane, repetimos, se quedó en la Habana; tuvo más tarde dos hijos, médicos, que vivieron hasta hace poco, más que octogenarios, y una hija, que es la madre de dos médicos y un dentista apellidado Barrena y Delane.

Con el título "Après la mort de l'Empéreur," publica "Le Progres Médi-

(1) Contribución al estudio de la Historia de la Oftalmología en Cuba, por el Dr. Enrique López, Tomo III, pág. 345. 1900.

(2) Histoire du consulat et de l'empire. Tomo XX, pág. 688.

cal" de París (1) un artículo en que se ocupa, entre otras cosas, de los cinco años, desde 1815 a 1821, del martirio obscuro y mísero soportado por Napoleón en Santa Elena. Le considera más grande en la humilde casa de Longwood, que cuando ocupaba el envidiado trono. Detiéndose a discurrir especialmente acerca de los incidentes de sus últimos momentos sobre la tierra, y en particular también respecto de sus disposiciones postreras e íntimas.

Entre la pequeña colonia que rodeaba al emperador caído en Santa Elena, había un personaje del que el historiador Sr. Cahuet apenas se ocupa, pero que el autor del artículo, Dr. M. Genty, quiere hacer conocer. Se refiere a Antommarchi y le llama el anatómico florentino que fué a Santa Elena recomendado por el Cardenal Fesch.

Guardó, después de la muerte del emperador, dice, en una pequeña maleta forrada de piel y cubierta de una bolsa verde, un objeto que emociona designarlo: la mascarilla en yeso del emperador. Esta impresión del rostro del gran hombre, vencido en Waterloo, debía servirle para crear en el público la leyenda del falso papel que él desempeñó en Santa Elena; pero no tardó en evidenciarse, añade, su posición ilegal allí. No bastaron a encubrirlo los dos volúmenes en 8.º que publicó en París, en 1825, donde refiere que se negó a firmar el acta de autopsia del emperador hecha por los cirujanos ingleses.

A este propósito el Dr. Cabanes ha publicado un reciente volumen () en que, revelando su gran talento de investigador histórico, evidencia que Antommarchi se hizo de la mascarilla de modo impropio e inmoral.

Demuestra que Antommarchi no moldeó la mascarilla; ésta fué obra del médico inglés Bourton, que asistió a la autopsia del emperador; pero Madame Bertrand, la esposa del conde de este nombre, se apoderó de la mascarilla y ésta pasó a manos del impostor Antommarchi, que la explotó de modo indigno; pero la posteridad le ha estigmatizado, a pesar de lo mucho que se ha escrito sobre su persona, con la reprobación de su conducta, en castigo de su impostura, consiguiendo pasar a la historia como el que incendió la biblioteca de Alejandría, para ser despreciado.

Napoleón, cuyo origen italiano no es dudoso, como el de Colón, con todos sus defectos, estaba orlado por el genio, y será eternamente admirado. Los ingleses, que necesitaban anularlo y lo anularon, en atención a la amenaza que para ellos significaba su existencia, son desde hace tiempo sus más grandes admiradores. Publican a menudo libros sobre el vencedor de Austerlitz, en los que le estudian bajo todos sus aspectos: como soldado, como amante, como bibliófilo, como legislador, como danzante. La obra de Lord Rosebery es el colmo, pues condena la manera como los ingleses trataron al vencido de Waterloo, siendo así que Thiers conviene en que no pudieron hacer otra cosa de la que hicieron: retenerlo, aislarlo.

En los Estados Unidos ocurre otro tanto que en Inglaterra. Edison ha dicho que, de los hombres del pasado, la voz que hubiera querido oír sería la de Napoleón.

Los pintores ingleses han derrochado los esfuerzos de su paleta en honor de Napoleón, y otro tanto ha hecho Meissonier y muchos fuera de Francia. Los

(1) 22 Mars N. Tomo 12, pág. 157.

(2) Leyendes et curiosités de l'Histoire, 2 serie. Albin éditeur, 1913.

poetas, desde Manzoni que le cantó el primero, después de muerto, le han consagrado sus mejores endechas.

Aun para aquellos que más detestan las guerras y sus consecuencias, Napoleón tiene una atracción especial; tiene el poder de lo sublime, que espanta y arrastra. La audacia del lidiador de toros nos hace admirar su labor, a la par que condenamos su obra sangrienta.

Por eso lo que se roza con Napoleón tiene vida propia y ha conseguido notoriedad; no obstante ser un impostor el Dr. Francisco Antommarchi, no por sus méritos, sino por haber sido de algún modo algo de Napoleón, ha merecido que remembremos su estancia en la Habana y su muerte en Santiago de Cuba, ni más ni menos.

REVISTA DE LA PRENSA MEDICA.

Coma diabético (tratamiento del), por el Dr. Marcel Labbé, de París.—El coma diabético representa una de esas intervenciones médicas de urgencia en las que por su decisión, su tenacidad, su fe en la terapéutica, puede prestar un inmenso servicio el médico.

Preséntanse dos eventualidades clínicas:

a) El enfermo es examinado por el médico en el **período premonitorio del coma**, período cuya sintomatología suele ser muy borrosa. Los caracteres más importantes son: un estado de depresión progresiva, repetidos accesos de somnolencia, anorexia insólita; el aliento tiene un olor aromático, y el examen de la orina pone de manifiesto una notable proporción de ácido diacético y de acetona, de amoníaco y de ácidos asociados. La respiración profunda, los vértigos, la diarrea, son ya síntomas más tardíos; el dolor epigástrico es muy raro.

b) El enfermo se halla en el **período de coma confirmado**. En el primer caso, el tratamiento es a menudo eficaz; en el segundo, suele ser ya demasiado tarde para contar con un éxito; sin embargo, a veces se logra salvar al enfermo.

I.—La medicación de base es la alcalinización del organismo.

Hacer absorber al enfermo la mayor cantidad posible de **bicarbonato de sosa**:
150 a 200 gr. al día.

Si el coma no es completo aún, utilizar la vía bucal. Se dará al enfermo, cada media hora, en agua de Vichy, té o leche, cinco gramos de bicarbonato. A pesar de la repugnancia, de los vómitos, del meteorismo, de la diarrea que con frecuencia provoca el bicarbonato, es preciso continuar el tratamiento. Mezclando el bicarbonato con citrato de sosa, suele obtenerse mejor tolerancia, pero no hay que olvidar que el citrato es menos alcalinizante.

El bicarbonato puede ser introducido en **lavativas**, dos a cuatro veces al día, a la dosis de diez gramos disueltos en 250 gramos de agua. Si bien deja que desear su absorción por este procedimiento, tiene cuando menos la ventaja de provocar abundantísimas evacuaciones que desintoxican al enfermo.

(No se emplean las **inyecciones subcutáneas** de bicarbonato de sosa porque son demasiado irritantes y peligrosas. Sin embargo, a condición de servirse de solución de bicarbonato de sosa verdadero, dosificado en un 4 p. 100, ha conseguido Lévy hacer tolerar 1,000 cent. cúbicos bajo la piel de los diabéticos; para ello es menester, después de haber esterilizado la solución de bicarbonato, hacer pasar por ella una corriente de ácido carbónico que reforma el bicarbonato descompuesto; esta solución no debe enrojecer la fenoltaleína que se incorpora en ella como testigo.)